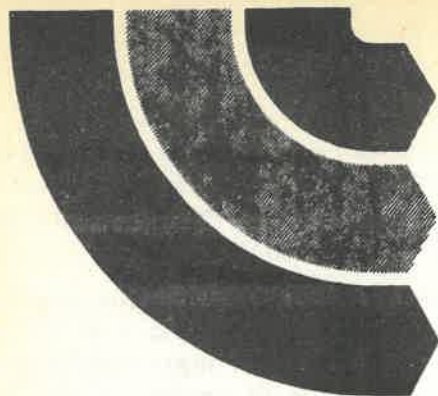




EDI TO RIAL

NUESTRAS ASAMBLEAS LITURGICAS

Varias son las celebraciones litúrgicas que marcan con un matiz especial el último mes del año de la Iglesia. La solemnidad de Todos los Santos, la Conmemoración de los fieles difuntos, la Dedicación de la Iglesia de Letrán, catedral de Roma —que este año, además, será celebrada un domingo— la Solemnidad, finalmente, de Cristo Rey del Universo. Todas estas conmemoraciones, cada una a su manera, nos deben hacer pensar en la Iglesia como comunidad y como familia. Y también, consiguientemente, en el signo por antonomasia de esta Iglesia-comunidad que es la Asamblea litúrgica.

Bien estará, pues, estos días detenernos unos momentos y pensar en el aspecto que presentan nuestras asambleas cristianas y las asambleas, en concreto, en la que habitualmente participamos.

Para quien entra en una asamblea litúrgica la imagen que presenta la misma es sin duda decisiva en vistas a su propia participación y posibilidad de comunión. ¿Se trata de una asamblea acogedora? ¿Presenta un rostro alegre y comunicativo? ¿Es fervorosa y respetuosa para cada uno de los que participan? ¿Centrada en Dios y en el misterio pascual de Cristo y atenta a la Palabra que en ella se proclama?

Todo ello podría constituir, en este último mes del año litúrgico, el tema de un serio examen para cuantos participamos en las celebraciones litúrgicas.

Nuestras asambleas deben ser reuniones de hermanos que se sienten solidarios de una misma historia de salvación, prontos a reconocerse unidos y al mismo tiempo diferentes, a perdonarse mutuamente y a orar comunitariamente, a participar del mismo pan y a proclamar

una única fe.

Nuestras asambleas deben presentar —porque ello es la Iglesia— la imagen de un cuerpo organizado, que posee una cabeza y distintos miembros y en la que no todos lo hacen todo pero todos, en cambio, se sienten unidos y todos tienen una trabazón mutua.

Evidentemente esto no se realizará si los miembros que componen la Asamblea litúrgica están dispersados por la nave de una iglesia, ni si el que preside no aparece en un lugar visiblemente presidencial y al mismo tiempo sensiblemente cercano a los que están bajo su presidencia; si no se respetan las diversas funciones y los lugares distintos, si la asamblea no tiene signos de fiesta, de servicio mutuo, de comunión fraterna...

Si tuviéramos que poner algún ejemplo de signos característicos de una asamblea que no expresa lo que es la Iglesia —y ello vale tanto para las grandes asambleas dominicales como para las pequeñas reuniones, como pueden serlo la Eucaristía diaria o la celebración de la Liturgia de las Horas en una comunidad religiosa— aludiríamos, por ejemplo, a unos pocos fieles dispersos en una gran nave, o a un grupo de personas reunidas pero colocadas lejos del ministro que, como figura de Cristo cabeza, los preside; o también a una asamblea que no tiene los servidores que le son necesarios —distintos lectores, por ejemplo, para las diversas lecturas y para el salmo responsorial de la misa, o diversos ministros para la comunión del pan y del vino—. ¿Qué decir, por ejemplo, a este respecto, de una asamblea en la que los participantes, ellos mismos van al altar a tomar directamente el caliz, porque no hay un servidor que se lo vaya ofreciendo gentilmente como se hace en una fiesta? Esta tal asamblea comulgaría, si se nos permite la expresión, de una manera “utilitaria”, al modo de un “self-service”, pero no a la manera como lo hacen los invitados a una fiesta. Y nuestras celebraciones litúrgicas deben ser siempre fiestas.

P. F.